

UNA COSA ES HABER AVANZADO Y OTRA COSA ES HABER ALCANZADO.

Apóstol Marvin Véliz
Santa Ana, martes 2 de febrero de 2016.-

Quiero basar este estudio en la siguiente máxima que el Señor puso en mis pensamientos: *“Una cosa es haber avanzado, y otra cosa es haber alcanzado”*. Quiero que meditemos un momento en la medida que espera el Señor de nosotros.

Por naturaleza nosotros somos personas sumamente conformistas; nos acostumbramos aun a mantener ciertos dolores en nuestro cuerpo, y preferimos no ir donde el doctor, ni tomar medicamentos. Somos seres costumbristas, a tal punto que el desarrollo y el avance son asuntos casi utópicos. A nosotros, en realidad, lo que nos mueve la mayoría de veces es la inercia, lo que conmueve nuestras vidas son las circunstancias, las necesidades, los conflictos, etc. pero normalmente no es Dios quien nos mueve, no le dejamos espacios para que Él realmente nos haga avanzar.

El hecho de mantener una actitud estática, de no querer avanzar, ni de querer ir hacia adelante es producto de la caída del ser humano. Si recordamos el caso de Adán y Eva, nos damos cuenta que cuando ellos cayeron lo único que se les ocurrió fue hacerse delantales de hojas de higuera para cubrir su desnudez; ellos no pensaron en otro tipo de material más resistente para cubrirse, usaron lo que tenían a la mano y nada más. Eso es una muestra del conformismo en el que cae el ser humano en su deteriorada naturaleza.

En la Biblia vemos el caso de Lot, un hombre justo al que Dios quiso sacar de Sodoma y Gomorra antes de que éstas ciudades fueran destruidas. Sodoma y Gomorra eran ciudades pecaminosas en extremo, y Lot aunque era justo, vivía allí, se había acostumbrado al ambiente pecaminoso de éstas ciudades. Dice *2 Pedro 2:7 “y libró al justo Lot, abrumado por la nefanda conducta de los malvados. v:8(porque este justo, que moraba entre ellos, afligía cada día su alma justa, viendo y oyendo los hechos inicuos de ellos)”*, La Biblia dice que Lot era justo, sin embargo, Dios tuvo que enviar a dos ángeles a sacarlo a él y a su familia, de lo contrario, nunca hubiera salido de allí. Lot nunca tuvo la convicción, ni el arranque para dejar ese ambiente de corrupción, él se acostumbró a vivir en ese lugar. La condición conformista de Lot era tal, que en medio de la inminente destrucción los ángeles le dijeron que subiera a un monte, sin embargo, él les dijo: ***“No, yo os ruego, señores míos. He aquí ahora ha hallado vuestro siervo gracia en vuestros ojos, y habéis engrandecido vuestra misericordia que habéis hecho conmigo dándome la vida; mas yo no podré escapar al monte, no sea que me alcance el mal, y muera. He aquí ahora esta ciudad está cerca para huir allá, la cual es pequeña; dejadme escapar ahora allá (¿no es ella pequeña?), y salvaré mi vida” (Génesis 19:18-20)***. La ciudad en la que él quiso quedarse se llamaba Zoar, que quiere decir “pequeña”. Así de conformista era este hombre, que siempre buscaba lo más fácil, lo más pequeño, lo más insignificante. Hermanos, a eso nos invita nuestra naturaleza caída, a ser conformistas, a buscar lo más fácil.

Cuando alguien se convierte al Señor, ya es casi normal para nosotros ver que el nuevo creyente se conforma con ir a la Iglesia y escuchar un “sermón”, es normal darnos cuenta que él usa la Biblia sólo para buscar citas en las reuniones, en otras palabras, se nos ha vuelto normal ver que alguien no avance en las cosas del Señor. Tal condición es contrario a lo que Dios diseñó para nosotros, pues, dice *Proverbios 4:18 “Mas la senda de los justos es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta que el día es perfecto”*. Si estamos en luz, lo normal debería ser que avanzáramos. Es necesario soltar la aberración de conformarnos con las “cosas pequeñas” que ya tenemos en el Señor. El conformismo es sinónimo de fracaso; note que es diferente “ser conforme” y ser conformista. Usted debe estar conforme con lo que Dios le da, pero jamás debe ser un conformista. Si usted está conforme con lo “poco” que ya alcanzó en el Señor, déjeme decirle que está mal. Si usted piensa que es suficiente ir a las reuniones de Iglesia, de vez en cuando compartir con algún hermano, etc. usted está enfermo espiritualmente, no es lo que nos

debe suceder en el Señor. Lo normal es que cada vez vayamos de aumento en aumento en el Señor. Una persona normal y saludable en el Señor es aquel que puede decir como el apóstol Pablo: **“Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”** (Filipenses 3:13-14). Dice también el apóstol Pablo en 2 Corintios 3:18 **“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor”**. La vida en el Señor es una renovación constante, es una evolución, es una influencia viviente que de por sí nos lleva a un desarrollo y a un avance. La Vida en el Señor no se detiene. Si nosotros no estamos creciendo es porque no vivimos a Dios. No es normal que nuestra vida en el Señor no avance.

La Biblia dice de Cristo en Lucas 2:40 **“Y el niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre Él”**. Con respecto a Iglesia dice Hechos 6:7 **“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”**. Bajo todo punto de vista podemos darnos cuenta que las cosas en el Señor deben avanzar, siempre debemos de estar siendo renovados como dice también Romanos 12:2 **“No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento...”**, Debemos mantenernos en un cambio constante.

En una ocasión el Señor Jesús dijo: **“El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él...”** (Juan 7:38-39). No hay río en el que su agua no corra, es la gran característica de un río, el agua siempre está en movimiento. Hasta en el riachuelo más pequeño el agua se mueve, de lo contrario no es río. El Señor usó la figura del río para hablar de esto porque el que cree en Él, de su interior habrá algo que lo hará correr, siempre su interior estará moviéndose, el Espíritu Santo lo hará avanzar. Dios no nos ha ofrecido una vida estática, y la Iglesia tampoco debe ser estática. Somos nosotros los que convertimos la Iglesia en una institución, y los que hacemos de nuestra vida personal algo sin novedad. ¿Cuántos de ustedes tienen la experiencia de darse cuenta que pasan los años y al verse a sí mismos se dan cuenta que siguen siendo exactamente iguales? Muchos ni siquiera se han dado a la tarea de renovarse doctrinalmente, otros cuando tratan de alabar al Señor no dejan de decir las mismas expresiones, hermanos amados esa no es la Vida que Dios planeó darles en Cristo. Muchos son como casas amuebladas pero vacías, nada se mueve en su interior.

Dice Jeremías 48:11 **“Quieto estuvo Moab desde su juventud, y sobre su sedimento ha estado reposado, y no fue vaciado de vasija en vasija, ni nunca estuvo en cautiverio; por tanto, quedó su sabor en él, y su olor no se ha cambiado”**. Esta profecía es una figura de la condición en la que podemos llegar a caer, que por ser quietos, inamovibles, inmóviles, sin cambios, sin avances, nuestra aroma interior nunca cambia, seguimos siendo los mismos. Es curioso ver a ciertos hermanos que uno encuentra a los años y siguen exactamente iguales, no han cambiado en nada; pero eso hastía, eso cansa, eso es ausencia de la Vida de Dios. La persona de Dios es energética, Él constantemente está moviéndose, cambiando, creando, hablando, manifestándose, etc. En una ocasión le preguntaron al Señor porqué hacía milagros en el día de reposo, y Él contestó: **“...Mi Padre hasta ahora trabaja, y yo trabajo”**. Así es Dios, Él trabaja, se mueve, avanza.

Si nosotros realmente tenemos la Vida de Dios en nuestro interior deberíamos de actuar de la misma manera, debería ser normal para nosotros que el Espíritu nos vuelva a hablar por medio de la Biblia. La Escritura a nosotros se nos debe convertir en un libro que habla. Yo recuerdo un testimonio del Apóstol Ríos, él contaba que cuando él se convirtió abrió la Biblia al azar, y para su sorpresa lo que él leyó era la respuesta a una interrogante que él tenía en ese momento; un poco asustado cerró la Biblia. Luego pensó en otro asunto, y de nuevo volvió a abrir la Biblia al azar, y otra vez, lo que leyó era la respuesta a la otra interrogante; muy sorprendido por su experiencia, él se quedó con esa frase que se hizo muy célebre con los años: **“La Biblia es un libro que habla”**.

Así es Dios, es un manantial de sabiduría, Él es lleno de Vida, está activo en todo tiempo. Le pregunto: ¿Cómo es usted? ¿Fluye en usted esa Vida? Tal vez su experiencia es ser pasivo, dejado, conformista, lento, se siente bien sólo asistiendo a una reunión a la semana, hace las cosas de Dios a manera de penitencia. ¡No!, eso no es lo normal de la Vida de Dios. Dice Romanos 6:4 **“Por tanto, hemos sido sepultados con El por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida”**. Dios quiere que siempre andemos en novedad de Vida. Muchos varones viven al día en cuanto a las noticias de fútbol, la tecnología, los negocios; las hermanas viven en novedad de las novelas y de los acontecimientos de su vecina, pero muy pocos disfrutan la novedad de la Vida Divina.

Nuestro gran conflicto es que la naturaleza humana se inclina a la pasividad, tendemos a ser como Lot, a buscar lo más cerca, lo más cómodo, lo que podemos adquirir sin mayor esfuerzo. Nosotros en nuestra naturaleza carnal somos como los hijos de Israel, quienes prefirieron vagar en el desierto en vez de ir a pelear contra los gigantes que habían en la tierra prometida. La posición de nuestra naturaleza es buscar lo más fácil. Lo que tenemos que hacer es vivir a Cristo, dejar de ser conformistas, permitir que ese fluir de Vida nos transforme. El apóstol Pablo nos dice que nosotros debemos sufrir una “metamorfosis”, esa palabra se refiere al cambio que sufre un renacuajo para convertirse en un sapo, o el cambio que sufre un gusano hasta convertirse en mariposa; estos animales sufren un constante cambio. Así nosotros también debemos cambiar, debemos de revestirnos del nuevo hombre, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno.

Si nosotros no estamos en un proceso de cambio, sólo evidenciamos que no estamos tocando la Vida divina. La Vida de Dios nos transforma, nos cambia, remueve todo en nuestro ser, nos sacude, bota nuestros malos cimientos, su Vida arrastra todo lo que no sirve y cual río, a su paso se lleva todo lo que no sirve. Recuerdo los años de la tormenta tropical “Mitch”, yo estuve esos días en Honduras y lo que era un río normal, en cuestión de horas se volvió un caudal de unos 20 kilómetros de ancho, ¡increíble!, hubieron zonas que unas horas antes habíamos sacado algunos enseres eléctricos y al poco tiempo a penas se miraban las puntas de las antenas de televisión. Allí iba todo siendo arrastrado por la corriente de ese río. Hermanos, así es la Vida de Dios, es un río que a su paso se lleva todo, y eso es lo que necesitamos, exponernos a ese caudal de Poder para que se lleve el sueño espiritual que nos agobia. Permita que ese río lo cambie y lo lave; expóngase a la Vida divina y se dará cuenta que no es usted el que va a cambiar sino será la potencia de Cristo. Si no dejamos que la Vida divina fluya en nosotros a manera de un río, todo lo que hagamos en el Evangelio lo vamos a convertir en un asunto institucional, en liturgias, en rutinas carentes de vida.

El análisis que usted debe hacer en su vida es que, por axioma, todo aquel que se pone delante de Dios es envuelto en una corriente de Vida. Si usted se está exponiendo a la presencia de Dios, seguramente usted se va a mover, se va a dinamizar. Por el contrario, si usted no se expone delante de Señor su vida estará pasiva.

En nuestra naturaleza caída no nos gusta ser conmovidos, nos gusta vivir cómodos para nosotros mismos. Con ese propósito Dios nos dejó un gran instrumento precioso: “la cruz”, ella nos ayuda a morir, por medio de ella nos exponemos a los planes de Dios y dejamos que los nuestros sean quebrados. ¿Acaso no fue eso lo que le pasó a Jesús? Él se puso frente a los planes del Padre, y Dios lo mató por la cruz. ¡Sí!, Cristo murió pero también el Padre lo resucitó en una Vida Eterna y gloriosa. Hermano, deje que se acabe su vida antigua y ande en novedad de Vida. No ponga parangón entre la felicidad que producen las cosas de la tierra y la Vida nueva que el Señor quiere que tenga.

Yo quiero invitarle a que rompa los esquemas, que rompa el nido al cual se ha habituado y alce vuelo. Dicen que la madre águila hace dos cosas cuando cree que sus aguiluchos ya están listos para salir del nido. Algunas águilas les desarman el nido a los aguiluchos, de manera que ellos quedan expuestos y tienen que salir a buscar su propia alimentación. Otras águilas ponen a sus

crías en su lomo y alzan vuelo, ya cuando van a gran altura se agitan y dejan caer a los aguiluchos al vacío, ahí no les queda otra opción más que volar. Así hermanos, les ha llegado el tiempo de volar, les ha llegado el tiempo de ser removidos. Tal vez vendrá un tiempo a su vida al igual que un huracán, o un terremoto, posiblemente quedará devastado, pero de allí surgirá algo nuevo, le aseguro que usted reverdecerá en su vida espiritual.

Yo quiero concluir este mensaje diciéndoles lo siguiente: Necesitamos avanzar tanto en nuestra vida de creyentes, como en lo corporativo, es decir, como Iglesia. Ahora bien, al principio yo le decía una frase: “una cosa es haber avanzado y otra cosa es haber alcanzado”. Yo como apóstol no puedo negar que las Iglesia locales que están bajo mi supervisión apostólica han avanzado. Es una bendición ver hacia atrás y darnos cuenta que hemos avanzado, pero a la vez esto se puede convertir en un gran problema, porque nos podemos acomodar. Nuestro peor fracaso puede venir por darnos cuenta de que hemos avanzado y compararnos con otros. Si bien es cierto hemos avanzado, aún no hemos alcanzado la medida de la plenitud de Cristo. En aquel día no nos van a recompensar por haber salido, ni por haber avanzado, sino por haber terminado. Dios no nos aplaude el hecho de que estemos en la carrera, Él espera que ganemos la carrera. En aquel día no habrá premios por haber participado, es menester que avancemos y lleguemos hasta el final. No nos conformemos hasta donde hemos llegado, yo les exhorto a que terminemos. Si bien es cierto que Dios estará contento por lo que hemos dejado atrás, seguro que no está contento por lo que aún nos falta alcanzar. No es lo mismo dejar, que alcanzar; no es lo mismo avanzar, que alcanzar. Estemos contentos con la luz que nos ha permitido avanzar, pero no seamos conformistas, corramos de tal manera que obtengamos el premio.

¡Dios les bendiga!